

Estados Unidos, China y la transición de poder en el siglo XXI

United States, China and the power transition in the 21st century

Resumen: Este artículo busca comprender el resurgimiento de los conflictos internacionales. Para ello, la metodología compara las teorías de la *transición de poder* y la estrategia geopolítica de las dos superpotencias globales: China y Estados Unidos. El objetivo era señalar qué corriente teórica sería la más adecuada para explicar el contexto actual. La conclusión del estudio fue que, contrariamente a lo que está siendo defendido por buena parte de los expertos, la geopolítica del siglo XXI no está reeditando el sistema bipolar, vivido durante la Guerra Fría, sino atravesando una crisis de transición, típica de contextos en los que existe la disputa entre la potencia hegemónica y otro ascendente, como ocurrió durante las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Queda por ver cómo se procesará esa dinámica en el siglo XXI.

Palabras Clave: China. Estados Unidos Geopolítica. Historia. Teoría de la Transición de Poder.

Abstract: The objective of this paper is to understand the upsurge in global conflicts, especially those involving the two main world powers: China and the United States of America. Aiming this, the methodology sought to put in perspective the theories regarding power transition and the geopolitical strategy of the two main (global) powers, China and USA. The objective was that, in this way, the article could indicate which one best fits the current context. The conclusion of the study was, on the other way of what is being defended by a great part of the specialists, the geopolitics of the 21st century is not reediting the bipolar system, lived during the Cold War, but going through a transition crisis, typical of contexts in which there is the dispute between hegemonic and other ascending power, as occurred during the decades before World War I. It remains to be seen how this dynamic is going to be processed in the 21st century.

Keywords: China. USA. Geopolitics. History. Power Transition Theory.

Eduardo Migowski 

Exército Brasileiro.

Colégio Militar do Recife.

Recife, PE, Brasil.

eduardomigowski@hotmail.com

Recibido: 05 oct. 2020

Aceptado: 02 mar. 2021

COLEÇÃO MEIRA MATTOS

ISSN on-line 2316-4891 / ISSN print 2316-4833

<http://ebrevistas.eb.mil.br/index.php/RMM/index>



Creative Commons
Attribution Licence

1 Introducción

En septiembre de 2020, Donald Trump subió a la tribuna de la Asamblea General de las Naciones Unidas y, en una postura agresiva, afirmó la necesidad de combatir lo que el republicano llamó el "virus chino". La expresión, de doble significado, se refería tanto al coronavirus como a la influencia del país asiático en todo el mundo, solo de esta manera, dijo el presidente, habría paz y prosperidad (DONALD..., 2020).

Incluso después del intercambio de mando en la Casa Blanca, no importa cuánto Joe Biden sea más comedido con las palabras, la expectativa es que se mantendrá una conducta asertiva en relación a China. Según la agencia *Reuters*, en una reunión con senadores, el nuevo presidente habría advertido que Estados Unidos es el oponente más serio de Beijing y habría prometido a los presentes "competir y ganar" la disputa con el rival asiático. "Si no empezamos a movernos, se comerán nuestro almuerzo" habría dicho el demócrata (CHINA..., 2021, n. p.).

¿Cómo interpretar la reciente escalada de la rivalidad entre las dos superpotencias? Esa es la pregunta que muchos analistas se están haciendo. El politólogo Graham Allison (2020) argumenta que el sistema internacional estaría atravesando una *crisis de transición*, concepto que el profesor explicó a través de la expresión *trampa Tucídides*. Según Allison, hace miles de años, Tucídides ya se había dado cuenta de la naturaleza sistémica de los conflictos en momentos de transición. Escribiendo sobre la Guerra del Peloponeso, el historiador griego demostró dos factores que habrían hecho inevitable el conflicto entre espartanos y atenienses: el surgimiento de la segunda y el temor que esto causó en la primera.

Por mucho que haya exageración en la idea de que algo sería inevitable, la metáfora es interesante. Ahora bien, si el conflicto era inevitable, su deflagración es independiente de la voluntad de los respectivos gobernantes. Si cambiaran los actores, el siglo o la geografía, la guerra sucedería de la misma manera. Es decir, Tucídides no solo estaba aclarando una cuestión local, sino proponiendo un modelo explicativo que podía ampliarse perfectamente. Fue, por lo tanto, para caracterizar los contextos en los que hay dinámicas similares, que el politólogo propuso la expresión *trampa Tucídides*.

Fue, de hecho, la trampa que Tucídides, en el siglo XIX, iniciaría el cataclismo de la Primera Guerra Mundial. En este contexto, el orden establecido, dirigido por los países de la industrialización más antigua, especialmente Inglaterra y Francia, sería desestabilizado por el rápido crecimiento de una Alemania recién unificada. Y en un mundo que ya había sido dividido durante el imperialismo, la proyección mundial del Imperio Alemán chocaría invariablemente con los intereses hegemónicos.

La duda es si China y los Estados Unidos, de hecho, estarían siguiendo la hoja de ruta descrita anteriormente. Para ello, en primer lugar, es esencial conocer el debate sobre la llamada teoría de la "transición de poder" y, en segundo lugar, la historia reciente de la política exterior de las dos principales potencias del siglo XXI. Solo así será posible, en la secuencia, comprender cuál de las teorías sobre la *transición de poder* sería la más adecuada para explicar el contexto actual y, finalmente, esbozar algunas ideas de cómo sería posible cambiar el resultado de esta peligrosa trama.

Por pesimista que pueda parecer la interpretación anterior, debe quedar claro que "diferentes elecciones habrían producido resultados diferentes" (ALLISON, 2020, P. 270). En este momento, por

lo tanto, lo fundamental es entender qué decisiones podrían aumentar y cuáles permitirían eliminar el riesgo de conflicto armado. Parafraseando a Tucídides, podemos decir que es el miedo que el ascenso de Beijing ha causado en Washington lo que ha impuesto a los teóricos de las relaciones internacionales la necesidad urgente de pensar salidas para que la guerra sea evitable.

2 Consideraciones teóricas

Como la tradición realista, la *teoría de la transición* de poder privilegia el estudio de las *relaciones de poder*. En el segundo caso, sin embargo, la atención se centra en las asimetrías sistémicas. Abramó Organski (1958), pionero en el área, por ejemplo, propuso una pirámide para caracterizar jerarquías internacionales. Los estados se clasificaron en cuatro niveles: 1) Estado dominante, 2) Grandes potencias, 3) potencias regionales, 4) poderes secundarios. El argumento es que la posición que cada actor ocupa en la jerarquía internacional sería fundamental para la comprensión de los factores que conducen a la cooperación o la competencia entre los Estados.

Aún así, según Organski, las potencias dominantes estarían compuestas por un conjunto reducido de países que concentran desproporcionadamente los recursos de poder disponibles. Por esta razón, estos estados estarían interesados en mantener el *statu quo* que los privilegia. Lo que se espera en condiciones normales es que la superpotencia busque la estabilización del sistema. Es decir, a diferencia del realismo clásico, la paz no proviene del *equilibrio de poder*, sino que sería *imperial*.

El problema es que la pirámide jerárquica no es estática. La correlación de fuerzas siempre se modifica, y cuando surge una potencia capaz de rivalizar con las potencias establecidas, la probabilidad de un conflicto armado sufriría una escalada considerable. En este caso, la estabilidad sistémica puede considerarse perjudicial para los intereses del *Estado dominante*, que eventualmente impondría una dinámica diferente. Este es el contexto que se puede clasificar como *transición de poder*. La duda es si la rivalidad entre Estados Unidos y China estaría siguiendo la hoja de ruta descrita por los teóricos de la transición.

Graham Allison, como se ha dicho, se esforzaba en afirmar que sí. Jonh Mearsheimer (2001) tampoco parece ser muy optimista sobre el escenario actual. El *realismo ofensivo*, propuesto por Mearsheimer, sostiene que la seguridad internacional proviene de la concentración de recursos y no del *equilibrio de poder*. Tal perspectiva altera significativamente el comportamiento esperado de los actores en el tablero de la geopolítica mundial. "Las grandes potencias serían siempre fuerzas revisionistas en la eterna búsqueda de maximizar su poder [...]. Solo con mayores sumas de recursos de poder se superarían las amenazas y, de hecho, se conquistaría la seguridad" (BARCELLOS; MÉRCHER, 2020, P. 389).

Los períodos de transición, por lo tanto, crearían escenarios de incertidumbre y desconfianza mutua, que podrían inducir a la formación de un nuevo dilema de seguridad. La conclusión es que, en estos contextos, habría una alta probabilidad de que la competencia entre polos de poder rivales se intensificara en la dirección de un conflicto de guerra. "En resumen, es poco probable que el ascenso de China sea tranquilo" (MEARSHEIMER, 2014, n. p., nuestra traducción).

Si estas interpretaciones son correctas, el resurgimiento de las fricciones internacionales sería de carácter estructural y, en los próximos años, la tendencia sería su agravamiento. Sin

embargo, hay otras propuestas interpretativas. Los liberales, por ejemplo, son menos pesimistas. Según esta corriente, la globalización presagiaría un marco de *interdependencia compleja*, caracterizado por la dependencia mutua entre los actores. En un escenario en el que los mercados globales están integrados, según autores como Joseph Nye (2002), la aparición de un nuevo *player* global apalancaría la economía mundial y traería beneficios a toda la comunidad internacional. Por lo tanto, mientras existan normas definidas e instituciones multilaterales capaces de mediar en los conflictos, la *transición de poder* se ocurriría sin grandes conmociones.

El pensamiento geopolítico chino también propone otra clave interpretativa del escenario actual. El profesor Yan Xuetong, exponente del llamado *realismo moral*, entiende que la conducta de los Estados debe guiarse por criterios éticos y buscar siempre la preservación de la paz (RIBEIRO, 2020). Para que la transición se lleve a cabo pacíficamente, Beijing debe aprovechar el declive del *soft power* de los Estados Unidos y reclutar seguidores en la comunidad internacional a través de la conducta moral. "Aunque China supera a Estados Unidos en el poder general, no podrá ejercer liderazgo internacional a menos que pueda atraer seguidores, lo que requiere articular y defender una ideología que apele a otras culturas" (LARSON, 2020, P. 164 apud RIBEIRO, 2020, P. 632).

Esto es lo que los intelectuales orientales llaman *el camino real*. El ejemplo utilizado para basar el *realismo moral* proviene de la historia oriental, del período de los Reinos Combatientes, cuando se produjo la decadencia del Estado Zhou y el ascenso de la dinastía Chin. En el caso de los Reinos Combatientes, a diferencia de la Antigua Grecia, se habría producido el *equilibrio hegemónico*, no la destrucción mutua. La propuesta es que, en nombre de un ambiente equilibrado y pacífico, la gobernanza mundial debe priorizar la "distribución de la responsabilidad internacional para reducir las amenazas comunes a todos los países" (XUETONG, 2019, p. 7 apud RIBEIRO, 2020, p. 630).

Bueno, frente a un debate tan multifacético, la pregunta elemental es: ¿quién tendría razón? En este momento, la única certeza es que está comenzando un nuevo ciclo geopolítico. Y, en medio de tantas dudas, queda por poner a prueba las hipótesis de los teóricos. ¿Adónde vamos? La respuesta a esta angustiada pregunta debe buscarse, ante todo, en la reevaluación de la historia reciente.

3 La coexistencia competitiva del decenio de 1990

Los profesores Li Xing y Timothy Shaw (2018) utilizaron la expresión "dormir en la misma cama con sueños distintos" para caracterizar los cambios en la geopolítica mundial. Los pilares de la relación bilateral entre China y Estados Unidos se fundaron sobre bases inestables porque tenían como objetivo aislar a un enemigo común: la URSS. Era un "matrimonio" de conveniencia, y como tal debía ser revisado después del colapso de la experiencia bolchevique.

¿Qué vendría después? La interpretación estadounidense fue que una política de confrontación directa podría aislar a los occidentales en el continente asiático (KISSINGER, 2012). Por esta razón, la redefinición de las directrices diplomáticas se haría con gran cautela. De ahora en adelante, según Henry Kissinger (2011), ambos (China y Estados Unidos) fusionarían sus estrategias en un estándar de coexistencia cooperativa. "Estados Unidos y China se dieron cuenta de que se necesitaban el uno al otro porque ambos eran demasiado grandes para dominar, demasiado

especiales para transformarse, y demasiado necesarios el uno al otro para permitir el lujo del aislamiento" (KISSINGER, 2011, p. 469).

La coexistencia cooperativa debe dar prioridad a las esferas en que haya complementariedad. El estándar observado, sin embargo, sería otro. Desde la perspectiva estadounidense, la cooperación debe llevarse a cabo a través de una jerarquía clara. China se convertiría en socio de la orden liderada por Estados Unidos. Los chinos, a su vez, querían montar el Tigre (XING; SHAW, 2018), una imagen que representa la tensión dialéctica entre las oportunidades y los peligros inherentes a la cooperación estratégica con la principal potencia mundial.

Gradualmente, las rivalidades emergentes enterrarían la esperanza de que se establecería el estándar de coexistencia cooperativa. En la práctica, lo que ocurrió fue una coexistencia competitiva, y en este modelo, China claramente se beneficiaba.

Estados Unidos, al ver el peligroso crecimiento de un polo rival en Asia, comenzaría a reevaluar la estrategia que se estaba adoptando. Conformar lo que algunos estudiosos han definido como el síndrome de China, caracterizado por "una mezcla de ansiedad psicológica, histeria emocional y demonización empática" (Xing; SHAW, 2018, p. 55). La razón de tal angustia es el reconocimiento de que el equilibrio de poder está oscilando hacia el oriente y que, por lo tanto, el tiempo sería perjudicial para los intereses estadounidenses. En el siglo XXI, la cama se hizo demasiado corta para acomodar a dos gigantes.

4 La estrategia de Estados Unidos

La corrección de rumbo en la política exterior de Estados Unidos se había iniciado durante la administración Obama. En 2011, poco después de que China superara a Japón y se convirtiera en la segunda economía más grande del mundo, el demócrata iniciaría la estrategia conocida como *Pivot/Reequilibrio hacia Asia*. La idea era contrapesar la influencia china a través del acercamiento con las naciones de la Cuenca del Pacífico y el Sudeste asiático. El objetivo estratégico fue el estrangulamiento político, económico y militar del rival asiático (PECEQUILO, 2013).

En 2015, después de siete años de negociaciones, se firmó el Acuerdo Transpacífico de Asociación Económica (TPP) (en inglés: *Trans-pacif Partnership*), un acuerdo de libre comercio que involucra a doce países ribereños del Océano Pacífico. El TPP debería fortalecer la posición de Estados Unidos a través de la cooptación comercial (PECEQUILO, 2013). En diciembre de 2017, la administración Trump publicó el nuevo Informe de Estrategia de Seguridad Nacional, que señalaba abiertamente a China como un competidor estratégico y la principal amenaza para los intereses globales del país (RIBEIRO, 2020). El giro en la política estadounidense fue completo.

Según el Embajador Samuel Pinheiro Guimarães, en adelante, la política exterior estadounidense perseguiría los siguientes objetivos: 1) eliminar el *déficit* comercial, 2) impedir la transferencia de tecnología avanzada, 3) reducir la presencia de estudiantes chinos en Estados Unidos, 4) impedir la adopción de la tecnología 5G de Huawei, 5) promover el retorno de la producción industrial a Estados Unidos, 6) ampliar el presupuesto y la presencia militar del país, 7) alinear a los países europeos con Estados Unidos contra China (GUIMARÃES, 2020).

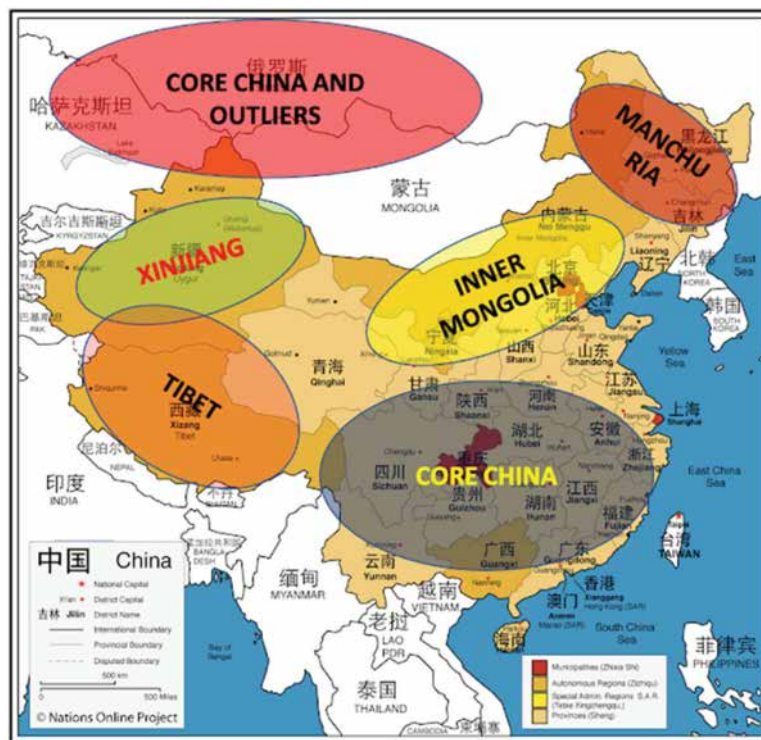
Según el influyente politólogo Zbigniew Brzezinski (2012), en un ambiente de conflicto, la estabilidad del continente asiático dependerá de lo que el ex asesor de Jimmy Carter llamó "dos triángulos regionales superpuestos, nucleados en China. El primero se refiere a China, India y

Pakistán. El segundo a China, Japón y Corea con los estados del Sudeste asiático jugando un Papel de Apoyo " (BRZEZINSKI, 2012, p. 162 apud PECEQUILO, 2013, p. 3697).

En el caso de la primera, que afecta a zonas problemáticas como el Tíbet y la región autónoma de Xinjiang, la cuestión central sería la de los derechos humanos. El problema es que tanto Xinjiang como Tíbet son territorios estratégicos para las ambiciones geopolíticas de la República Popular China. Xinjiang permite el acceso correcto a Pakistán, Tayikistán, Kirguistán y Kazajstán, Rusia, Mongolia e India, área clave para el proyecto más audaz de las últimas décadas, La Nueva Ruta de la Seda. La región autónoma también funciona como un "parachoques" de la zona central del país, además de albergar recursos naturales y ser la principal zona de ensayos de armas nucleares.

En el Tíbet hay bases militares importantes, especialmente la Fuerza Aérea, debido a su altitud. El Himalaya, que recorre toda la frontera con la India, forman un muro artificial de protección, ofreciendo una importante ventaja estratégica a la potencia que controla la cordillera. También en el Tíbet se encuentran las cabeceras de los principales ríos que atraviesan el continente asiático y, desde una perspectiva geopolítica, dominar las fuentes de agua significa ejercer el poder legítimo en el suministro de agua de varios países.

Figura 1– Posición estratégica de Xinjiang y de Tíbet



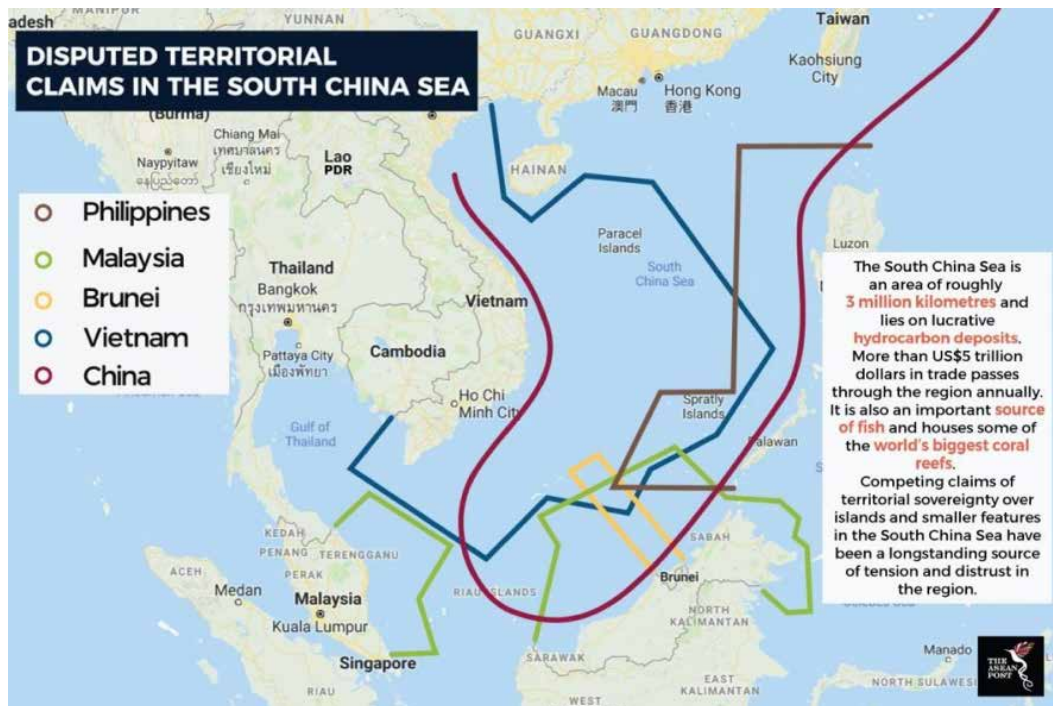
Fuente: Shankar (2020).

En el segundo triángulo, Estados Unidos plantean la intensificación de los conflictos en Asia y el Pacífico para consolidar el asedio estratégico-militar del rival asiático. Los puntos de vulnerabilidad son muchos. La disputa con Japón sobre las islas del Mar del Este se ha prolongado durante años y expone las

heridas históricas no cicatrizadas entre las dos principales potencias asiáticas. Pero es en el Mar de China Meridional, también conocido como el Mar del Sur de China, donde las tensiones han alcanzado niveles peligrosos. El Partido Comunista reivindica el derecho sobre las llamadas nueve Rayas, o diez, si se incluye Taiwán, lo que daría a la soberanía china del mar que una vez se llamó el Mediterráneo Asiático, tal importancia estratégica, y que recientemente también se ha comparado con el Golfo Pérsico, debido a las reservas de petróleo y gas natural.

En 1992, China aprobó una controvertida legislación que pone el Mar del Sur de China bajo la soberanía del país, un documento que no es reconocido por ninguno de los gobiernos del entorno regional. Este hecho causa fricciones con Malasia, Vietnam, Brunei y Filipinas. Por cierto, en 2016, la Corte Permanente de Arbitraje de Haya reconoció el derecho de Filipinas a explotar económicamente el Mar de China Meridional. Los investigadores Diego Pautasso y Gaio Dória (2017) destacan la existencia de fuertes indicios de que Estados Unidos habría influido en la demanda de estos países en la Corte Internacional (especialmente la de Filipinas). El objetivo de Washington, al fomentar la disputa, sería contrapesar el peso de Beijing en la región. De todos modos, al final, la Resolución sería ignorada.

Figura 2 – Importancia del Mar del Sur para la seguridad militar y comercial de China.



Fuente: Gnanasagaran (2018).

Taiwán y Hong Kong también son puntos de inestabilidad. Si una potencia quiere dominar el continente, primero tendrá que entrar en la isla de Taiwán. El Estrecho deja vulnerables a los principales centros financieros: Shanghai, Beijing y Hong Kong son ciudades ubicadas muy cerca de la Costa Este. Taiwán también se encuentra en una posición estratégica para las ambiciones del PCCh de controlar las rutas comerciales a través del Mar de China Meridional. En la historia reciente, por lo tanto,

Taiwán ha sido (y sigue siendo) un espacio de tensión, el epicentro del choque provocado por el contacto entre Occidente y Oriente.

Hong Kong, con un sistema político similar al de las democracias occidentales, se ha hecho notable en los últimos años como un núcleo de resistencia a la centralización política promovida por el Partido Comunista. La isla es también el principal canal de influencia de la propaganda occidental en el país. Tal hecho pone a Beijing frente a un dilema complejo. Si, por un lado, la autonomía de Hong Kong puede ser utilizada como una forma de desestabilización interna; por otro, la represión de los movimientos populares puede fortalecer la narrativa occidental sobre el "peligro totalitario", así como obstaculizar la estrategia de acercamiento con el Gobierno de Taipei (capital de Taiwán).

Es en este contexto que debe interpretarse el reciente retorno del discurso anticomunista. No como una explicación de la realidad, sino como parte de la contención del poder geopolítico chino. La noción de la nueva Guerra Fría es un intento de impedir la estrategia de China de cooptar socios con el ejemplo. Idea que, como se ve, está en la base del *realismo moral*. Ahora, al reducir la geopolítica a la confrontación del bien contra el mal, se convertiría en la obligación de las llamadas "naciones libres y democráticas" participar en la lucha contra el enemigo común, lo que, en la práctica, las pondría bajo la tutela de los Estados Unidos. China, por lo tanto, según esta narrativa, debe ser vista como una amenaza a la libertad y nunca podría servir de ejemplo a otros actores de la comunidad internacional.

En resumen, la expansión china está produciendo desequilibrios en la *báscula de poder*, un hecho que permite una acción más asertiva por parte de Estados Unidos. Aparentemente, Washington actuará en dos direcciones: 1) indirectamente, buscando intensificar los puntos de vulnerabilidad del rival y 2) directamente, recurriendo a la noción de la nueva Guerra Fría, con el fin de rescatar los valores que dan legitimidad moral a la política de contención y que serán utilizados para bloquear la influencia china en áreas donde la potencia occidental no tiene las condiciones para competir en condiciones ventajosas.

5 La estrategia china

El Sueño chino "captura el fuerte deseo de mil millones de chinos: ser ricos, poderosos y respetados" (ALISSON, 2020, P. 136). Ahora, teniendo en cuenta que el país ha crecido cerca de dos dígitos en las últimas cuatro décadas, es posible decir que el modelo seguido ha demostrado ser exitoso. La estrategia china, por lo tanto, es mantener el ritmo de modernización de años anteriores. Es decir, si el liderazgo estadounidense quiere intensificar los puntos de vulnerabilidad del rival, los planificadores orientales tienen la intención de anularlos. Es dentro de esta perspectiva que la narrativa oriental de la ascensión pacífica debe ser entendida.

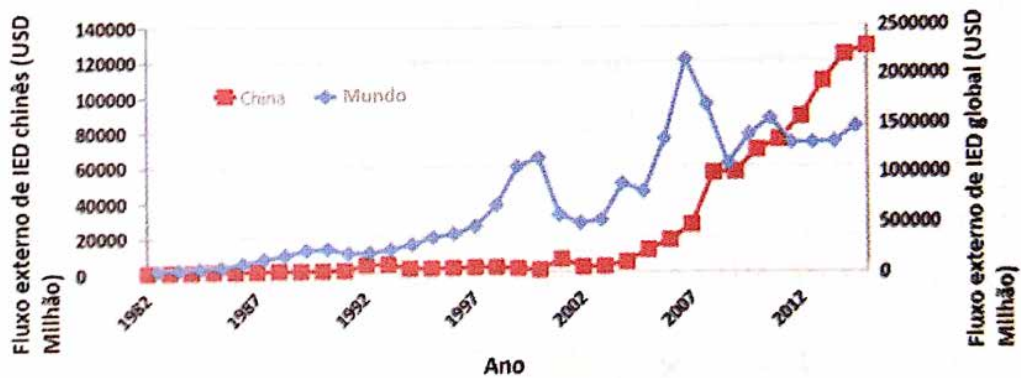
En términos prácticos, la política exterior del país tendría cuatro objetivos: 1) devolver el liderazgo en el continente asiático. 2) restablecer el territorio de la Gran China, que incluye las regiones separatistas del Tíbet y Xinjiang. 3) recuperar la esfera de influencia e impedir la acción de los estadounidenses en su entorno estratégico, 4) Asumir un papel protagónico en los temas relevantes del debate diplomático mundial (ALLISON, 2020). Además de los mencionados, podemos incluir la disputa por la vanguardia en la producción tecnológica avanzada y el control de parte de las fuentes de materias primas, producción de alimentos y energía global.

Con este fin, Beijing opera en dos frentes. En la parte occidental, el PCCh busca la proyección en el área que la geopolítica occidental definió como el *Heartland*. Presentada por primera vez en

2013, la Nueva Ruta de la Seda (OBOR), la iniciativa económica más ambiciosa emprendida por el país asiático hasta el momento, comenzaría a revitalizar la infraestructura logística para estimular el comercio de China con África y con Eurasia. Configurándose como un importante pasillo estratégico de proyección política y económica en la región.

Los investigadores Leonardo Mècher y Bruna Barcellos, destacan que, desde 1999, el objetivo estratégico del país ha sido impulsar las inversiones de sus empresas multinacionales en todo el mundo y garantizar el acceso a los recursos fundamentales para mantener la rápida expansión de la actividad económica. Además de permitir la adquisición de nuevas tecnologías (BARCELLOS; MÉRCHER, 2020).

Gráfico 1– Flujo externo de IED chino.



Fuente: Unctad (2013 apud Ma; Overbeek, 2018, p. 75).

En 2020, bajo el liderazgo de Beijing, se crearía el mayor acuerdo de libre comercio del mundo (RCEP), con la participación de países de Asia y el Pacífico, sin la participación de Estados Unidos. El RCEP está siendo llamado por los medios occidentales de la globalización china. Por mucho que parezca una exageración, el término es interesante. China se ha beneficiado enormemente de la desregulación financiera mundial en décadas anteriores y necesita cada vez más el comercio internacional para mantenerse al día con el crecimiento. El problema es que, al parecer, se están revisando esas normas. En respuesta, estaría ocurriendo a la conformación de un sistema Sinocéntrico (PAUTASSO; UNGARETTI, 2017). En otras palabras, la "globalización china" serviría como antídoto contra el retroceso de la globalización "norteamericana".

Figura 3 – Corredores Económicos Internacionales



Fuente: Alves (2017).

En el este, el objetivo es poner a prueba la supremacía naval estadounidense en el Pacífico y así reconfigurar el espacio marítimo. La actitud asertiva de Washington produce efectos psicológicos que no se pueden despreciar. Es común escuchar de las autoridades chinas referencias al llamado siglo de la humillación, entre la Primera Guerra del opio (1839) y la Revolución Comunista (1949), en el que el país estuvo sujeto a sucesivas ocupaciones extranjeras. "Para muchos chinos, perseguir los intereses nacionales no solo es importante para hacer que China avance hacia el rejuvenecimiento nacional, sino porque protege activamente a China de otro período de opresión" (TISCHLER, 2020, n. p.).

El argumento es que tales humillaciones solo fueron posibles debido al debilitamiento interno de la dinastía Qing, que permitió la interferencia extranjera en los asuntos internos chinos. En este punto, hay un claro paralelo entre la historia nacional y los conflictos separatistas actuales, que están siendo estimulados por los estadounidenses. Como demostró Mark Tischler, experto en geopolítica asiática:

Entender esta narrativa es esencial para comprender la política interior, exterior y de defensa de Beijing. Mientras que para los tomadores de decisiones estadounidenses, perder el control del Mar del Sur de China puede ser un golpe significativo a la posición estratégica de Washington, para sus colegas chinos, perder el control de la región puede señalar los primeros pasos de otra ocupación. Esto puede sonar como una hipérbole, pero los recuerdos inquietantes de este pasado oscuro juegan una fuerza inmensamente fuerte en las políticas contemporáneas de Beijing (TISCHLER, 2020, n. p., nuestra traducción).

Esta mentalidad ha sido fundamental para impulsar la reciente expansión del poder militar del país asiático. La estrategia naval, en primer lugar, debe garantizar la supremacía de los mares que rodean su territorio – que involucra a Japón, Taiwán, Filipinas y el Mar del Sur de China – y luego ser capaz de proyectar poder a nivel mundial (VIOLANTE; MARRONI; MAIA, 2020).

Ambición que, se dice, se hace cada día más plausible: "gracias a la continua reconquista del poder de influencia en Asia oriental, para China la posición de Estados Unidos en el Pacífico occidental está en declive. Las acciones chinas en la región han logrado acelerar este retiro, más notablemente en el Mar del sur de China." (ALLISON, 2020, p. 180).

La geopolítica de China contemporánea, por lo tanto, actúa de manera multidimensional. La transición hegemónica, sin embargo, requiere más que peso económico y fuerza militar. Como los propios chinos han señalado, se necesita legitimidad para liderar. La estrategia, en este caso, ha sido apostar por las crecientes contradicciones del orden internacional posterior a la Guerra Fría, conformado por los valores estadounidenses, y que entregó muy poco de lo que había prometido.

La globalización de las últimas décadas ha producido desequilibrios y fortalecido asimetrías, concentrando el poder en unos pocos estados, al tiempo que ha permitido el surgimiento de nuevos centros regionales. Aquí hay una fuerte contradicción. Ahora, la capital de China, Beijing, como se ha dicho, ha sido el principal beneficiario de la desregulación financiera y, por lo tanto, depende de mantener el sistema que critica. La razón es que la "globalización china" se guiaría por reglas diferentes. La promesa es que será capaz de proporcionar un modelo de integración inclusiva, que permitiría superar las asimetrías entre los países desarrollados y en desarrollo (PAUTASSO; UNGARETTI, 2017).

Para ello, Beijing busca fuerza moral en la narrativa de que, como gran parte de los países emergentes, China fue sometida por el proyecto imperial de las potencias occidentales. Sin embargo, una vez superada la condición periférica, el país estaría en condiciones de modificar el sistema impuesto con el fin de perpetuar la sumisión de los pueblos periféricos. Es así como se pone en práctica en el siglo XXI el principio del realismo moral de regimenter a los seguidores con el ejemplo.

6 La geopolítica del siglo XXI y los teóricos de la transición del poder

Después de presentar las principales teorías de la transición de poder, y la inserción estratégica de las dos principales superpotencias globales, ha llegado el momento de responder a la última pregunta propuesta: ¿Cuál de las corrientes explicativas sería la más adecuada para interpretar el contexto actual? Esta cuestión se abordará a continuación.

La propuesta liberal es sin duda la más frágil. La razón es una contradicción entre el "deber de ser" y el "ser" del sistema internacional. *El Nuevo Orden Mundial* era una creación estadounidense y como tal debía ser sostenido por la hegemonía global del país. La supremacía de Washington sería fundamental para el gobierno del sistema. Así, en el momento en que surgió un poder desafiante, podría entenderse como una amenaza a la reproducción del propio orden liberal.

En última instancia, por lo tanto, lo que estaría en riesgo serían los valores que, según el liberalismo, deberían garantizar que la transición se lleve a cabo pacíficamente. Esta es la lógica detrás del rescate del concepto de la nueva Guerra Fría en los últimos años; lo que estaría en dis-

puta sería la libertad frente a la amenaza totalitaria. Al final, esta interpretación haría imposible que la disputa hegemónica fuera manejada por instituciones multilaterales.

El *realismo moral* también tiene limitaciones. ¿Cómo sería posible formar un *equilibrio hegemónico* en un contexto en el que el poder desafiante crece a un ritmo tres veces mayor que el poder establecido? También hay innumerables ejemplos históricos – como la tercera Guerra de Vietnam (1978), el apoyo a la UNITA en la guerra civil de Angola y el tratamiento de los separatistas en Xinjiang y el Tíbet– que, a diferencia de lo dicho, demuestran que el país asiático está lejos de privilegiar los valores morales en su conducta interna y externa.

Además, la postura de Beijing en Asia no indica una voluntad de compartir la responsabilidad con otros actores. El ascenso del país tampoco está exento de conflictos; los países circundantes – como India, Japón, Vietnam, Australia, Malasia, Filipinas, entre otros – a menudo perciben a la nueva potencia regional como una amenaza a la soberanía de estos estados y no como una alternativa a la hegemonía estadounidense. La acción china en Asia, por lo tanto, está lejos de la propuesta expresada por el concepto del *camino real*. Además, desde el punto de vista estadounidense, la división de responsabilidades propuesta suena como una estrategia para reconocer el poder global del rival asiático; es decir, sería solo un paso más en la dirección de la *transición de poder*.

Lo que se verifica en la geopolítica del siglo XXI, por lo tanto, está más cerca de la metáfora de la *trampa Tucídides* de Graham y del *realismo ofensivo* de Mearsheimer. En 2014, John Mearsheimer ya argumentaba que si China mantuviera el ritmo de crecimiento de décadas anteriores (que está teniendo lugar), tarde o temprano Beijing necesitaría proyectar poder en su entorno estratégico. Los Estados Unidos, en reacción, buscarían un acercamiento con los otros países de la región, con el fin de impedir el crecimiento de la potencia desafiante. Esto es precisamente lo que ha estado sucediendo en los últimos años. "Aunque China rechace en su discurso la idea de hegemonía (...), y no esté en una posición hegemónica sobre las otras potencias, mantiene datos concretos de maximización del poder de Mearsheimer" (BARCELOS; MÈRCHER, 2020, P. 379).

7 Consideraciones Finales

La historia del siglo XXI se contará de acuerdo con la forma en que China se insertará como potencia en el sistema internacional. Debe quedar claro que este movimiento nunca es tranquilo, sin embargo, la turbulencia producida puede variar mucho en intensidad.

Al parecer, la rivalidad internacional sigue el mismo camino que llevó a la Antigua Grecia a la ruina, después de la Guerra del Peloponeso, y que, milenios después, hundiría a Europa en el cataclismo de las dos Guerras Mundiales. Sería un error, sin embargo, entender la trampa de Tucídides de una manera fatalista. Por mucho que el historiador griego dijo que la Guerra del Peloponeso era inevitable, hay que reconocer que prácticamente todo se puede evitar. En la historia humana, no hay un destino inexorable.

Si la causa de la guerra hegemónica entre el poder establecido y el poder desafiante es estructural, la forma como ella se llevará a cabo decisivamente dependiente de las elecciones de los dos principales protagonistas. En otras palabras, la guerra no tiene que ser militar. Para ello, Estados Unidos debe aceptar que el creciente peso geopolítico de Beijing es una realidad ineludible, para separar sus intereses vitales de los transitorios, con el fin de poner a estos últimos en la mesa de negociaciones diplomáticas, en un esfuerzo conjunto de entendimiento.

La geopolítica de Asia, por ejemplo, aunque vital para los chinos, no amenaza la seguridad de ninguna nación en el continente americano. En este caso, es obvio quién debería estar inclinado a ceder. En lugar de enviar portaaviones al mar del sur de China, tal vez sería más productivo mediar en el diálogo entre las partes involucradas, para mitigar también la presión militar que claramente está ejerciendo Beijing hacia sus vecinos. Tal acto también ayudaría a los Estados Unidos a recuperar la fuerza moral de su política exterior, que en los últimos años ha entrado en un proceso acelerado de desgaste. Además de afectar decisivamente la ambición china de liderar con el ejemplo.

No hay manera de impedir la expansión del poder en el sistema internacional de un acto que crece al ritmo que China ha presentado. Cualquier forma de política de contención, por lo tanto, además de altamente arriesgada, a medio y largo plazo, estará condenada al fracaso. El mantenimiento de la hegemonía estadounidense requiere más reformas internas, que permitan la reanudación del dinamismo, especialmente en lo que respecta a la producción de nuevas tecnologías, lo que reconfigura la inserción externa del país. Las autoridades estadounidenses deben tener clara esta realidad.

En resumen, la inevitable rivalidad entre dos superpotencias debe llevarse a cabo dentro de los límites impuestos por la necesidad superior de mantenimiento de la paz. Para ello, hay que tener en cuenta que la trampa de Tucídides terminó arruinando tanto Esparta como Atenas, y en el siglo XIX también devastaría el continente europeo. Sin mencionar que, en la era atómica, si se pone en movimiento, la *máquina militar del juicio final* (KISSINGER, 2012) puede perder su contenido metafórico.

La lección que podemos aprender del pasado, por lo tanto, es que la guerra nunca fue una solución, ni caliente ni fría. Si no es posible que dos gigantes duerman en la misma cama, necesitarán moderar sus sueños para que la humanidad continúe soñando.

Referencias

ALLISON, Graham. **A caminho da guerra: os Estados Unidos e a China conseguirão escapar da Armadilha de Tucídides?**. Rio de Janeiro: Intrínseca, 2020.

ALVES, José Eustáquio Diniz. RIC (Rússia, Índia e China): o triângulo estratégico que pode mudar a governança mundial. **Eco Debate**, [Rio de Janeiro], 26 mar. 2017. Disponível em: <https://www.ecodebate.com.br/2017/04/26/ric-russia-india-e-china-o-triangulo-estrategico-que-pode-mudar-governanca-mundial-artigo-de-jose-eustaquio-diniz-alves/>. Acessado em: 28 mar. 2021.

BARCELLOS, Bruna; MÈRCHER, Leonardo. Nova Rota da Seda: China e sua maximização econômica por recursos de poder. **Geosul**, Florianópolis, v. 35, n. 77, p. 621-644, dez. 2020. Disponível em: <https://periodicos.ufsc.br/index.php/geosul/article/view/76685/44698>. Acessado em: 21 mar. 2021.

BRZEZINSKI, Zbigniew. **Strategic vision**. New York: Basic Books, 2012.

CHINA vai “comer nosso almoço”, alerta Biden após conversa com Xi Jinping. **InfoMoney**, [São Paulo], 11 fev. 2021. Disponível em: <https://www.infomoney.com.br/economia/china-vai-comer-nosso-almoco-alerta-biden-apos-conversa-com-xi-jinping/>. Acessado em: 22 mar. 2021.

DONALD Trump discursa na Assembleia Geral da ONU. Rio de Janeiro: GloboNews, 22 set. 2020. 1 vídeo (7 min). Disponível em: <https://g1.globo.com/globonews/jornal-globonews-edicao-das-10/video/confira-o-discurso-completo-de-donald-trump-na-assembleia-geral-da-onu-8876196.ghtml>. Acessado em: 22 mar. 2021.

GNANASAGARAN, Asean. Is joint exploration the answer to the South China Sea dispute? **The Asian Post**, Kuala Lumpur, 25 Mar. 2018. Disponível em: <https://theasianpost.com/article/joint-exploration-answer-south-china-sea-dispute>. Acessado em: 01 abr. 2021.

GUIMARÃES, Samuel Pinheiro. A hegemonia dos EUA e a ascensão da China. **Brasil de Fato**, São Paulo, 17 jun. 2020. Disponível em: <https://www.brasildefato.com.br/2020/06/17/artigo-o-sistema-internacional-e-o-imperio-hegemonia-dos-eua-e-ascensao-da-china>. Acessado em: 21 mar. 2021.

KISSINGER, Henry. **Sobre a China**. Rio de Janeiro: Objetiva, 2011.

KISSINGER, Henry. **Diplomacia**. São Paulo: Saraiva, 2012.

MA, Yuan.; OVERBEEK, H. Investimento externo direito chinês na União Europeia. In VADELL, Javier. (org.). **A expansão econômica e geopolítica da China no século XXI**. Belo Horizonte: Editora PUC Minas, 2018. p. 75.

MEARSHEIMER, John. J. **The tragedy of great power politics**. Nova York: Norton, 2001.

MEARSHEIMER, John. J. Can China rise peacefully?. **The National Interest**, [Washington, DC], 25 Out 2014. Disponível em: <https://nationalinterest.org/commentary/can-china-rise-peacefully-10204>. Acessado em: 21 mar. 2021.

NYE, Joseph S. **O paradoxo do poder americano**. São Paulo: Editora Unesp, 2002.

ORGANSKI, Abramo F. K. **World politics**. New York: Alfred A. Knopf, 1958.

PAUTASSO, Diego; DORIA, Gaio. A China e as disputas no Mar do Sul: entrelaçamento entre as dimensões regional e global. **Revista de Estudos Internacionais**, João Pessoa, v. 8, p. 18-32, 2017.

PAUTASSO, Diego; UNGARETTI, Carlos Renato. A nova Rota da Seda e a recriação do sistema sinocêntrico. **Estudos Internacionais: Revista de Relações Internacionais**, Belo Horizonte, v. 4, n. 3, p. 25-44, 2016. Disponível em: <http://periodicos.pucminas.br/index.php/estudosinternacionais/article/view/P.2317-773X.2016v4n3p25/11369>. Acessado em: 21 mar. 2021.

PECEQUILO, Cristina Soreanu. **Os Estados Unidos e o século XXI**. Rio de Janeiro: Elsevier, 2013. 1 E-book.

RIBEIRO, Filipe G. D. B. Geopolítica do Século XXI: a perspectiva chinesa geopolítica do sistema internacional. **Geosul**, Florianópolis, v. 35, n. 77, p. 621-644, dez. 2020. Disponível em: <https://periodicos.ufsc.br/index.php/geosul/article/view/75746/44759>. Acessado em: 21 mar. 2021.

SHANKAR, Lt Gen Pr. India, Tibet and China: the way forward. **The Daily Guardian**, [Iloilo], 28 Dec 2020. Disponível em: **Error! Hyperlink reference not valid.** <https://thedailyguardian.com/india-tibet-and-china-the-way-forward/>. Acessado em: 28 mar. 2021.

TISCHLER, Mark. China's 'never again' mentality. **The Diplomat**, Washington, DC, 18 Aug 2020. Disponível em: <https://thediplomat.com/2020/08/chinas-never-again-mentality> acessado em: 21 mar. 2021.

TUCÍDIDES. **História da guerra do Peloponeso**: livro I. 3. Ed. São Paulo: WMF Martins Fontes, 2013.

VIOLANTE, Alexandre Rocha; MARRONI, Etienne Villela; MAIA, André Valente. Reflexões sobre a guerra hegemônica na atualidade: China e Estados Unidos. **Geosul**, Florianópolis, v. 35, n. 77, p. 531-552, dez. 2020. Disponível em: <https://periodicos.ufsc.br/index.php/geosul/article/view/73966> Acessado em: 21 mar. 2021.

XING, Li.; SHAW, Timothy. O sonho chinês versus o sonho americano no reordenamento mundial: mesma chama? sonhos distintos?. In VADELL, Javier. (org.). **A expansão econômica e geopolítica da China no século XXI**. Belo Horizonte: Editora PUC Minas, 2018. p. 43/72.

